

LO NOVELESCO DE LA CRÍTICA.
LAS LETRAS DE BORGES DE SYLVIA MOLLOY¹

Alberto Giordano

Universidad Nacional de Rosario - C.O.N.I.C.E.T.

La circunstancia que nos reúne es, en cierto sentido, equívoca. Y aunque desatender el equívoco podría ahorrarle a mi discurso algunas incomodidades, me parece justo, e incluso conveniente —tratándose del libro de Molloy y de la literatura de Borges—, comenzar señalando una discordia y avanzar, con cuidado, a partir de ella. Se trata de la discordia entre la moral que domina hoy el acto de presentación de un libro, de cualquier libro sobre Borges y la política, fundada en una ética literaria, que anima *este* libro, único entre todos, como otros, porque se quiere el espacio de una afirmación singular. Se trata entonces de un avatar más de la tensión entre el trabajo de unificación e identificación que realiza la Cultura en nombre de valores que, por establecidos, se suponen fundamentales y el ejercicio de una enunciación diferencial e intransferible, de una búsqueda en, o mejor, *entre* las palabras, que resiste cualquier sanción moral, cualquier apropiación en beneficio de una causa justa. Casi en mitad del año que habrá significado la más extraordinaria (y ruidosa) ocasión para que nuestra precaria Cultura nacional, celebrando la más monumental de sus instituciones, se celebre a sí misma; casi en mitad del año en que los escritores y los críticos, dispersándonos de homenaje en homenaje, habremos contribuido a la canonización de Borges como nunca antes (juntos y al mismo tiempo); casi en mitad de este año abrumador, nos reunimos para presentar un libro que nos advierte desde sus primeras páginas que “el texto borgeano se ha vuelto cifra solemne e inamovible: anulado, casi, en nombre de la cultura” (58), y que para propiciar su lectura, es decir, para recuperar su potencia de inquietud (algo en lo que la escritura de Molloy pone todo su empeño), hay que desprenderse de las supersticiones que llaman a la veneración e inhiben la posibilidad de dialogar con él. ¿Cómo no escuchar, hoy y aquí, mientras lo presentamos, la advertencia de este libro como una suerte de anticipada amonestación? ¿Cómo no suponer que, presentándolo en estas circunstancias, incorporándolo a la unánime celebración de nuestro clásico, contribuímos a que el libro de Molloy, más allá de la lucidez con la que enuncia su propósito y del apasionado rigor con que lo ejecuta, se neutralice a sí mismo? No alcanza con declarar la diferencia de este libro, con suscribir a su

¹ Este texto fue leído en la presentación de *Las letras de Borges y otros ensayos* de Sylvia Molloy (Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1999), el jueves 27 de mayo de 1999, en el Foro Gandhi de la ciudad de Buenos Aires.

Con Alicia Jurado:
Qué es el budismo? (1976)

Con María Kodama:
Breve antología anglosajona (1978)

Con María Esther Vázquez:
Introducción a la literatura inglesa (1965)
Literaturas germánicas medievales (1966)

Epílogo

Agregado en la edición de 1991:
Con Esther Zemborain de Torres Duggan:
Introducción a la literatura Norteamericana (1967)

Œvres Complètes

Gallimard, 1993

Tome I

Préface par Jorge Luis Borges.
Introduction
Chronologie
Note sur la présente édition
Dédicace
Ferveur de Buenos Aires
En marge de «Ferveur de Buenos Aires»
Lune d'en face
En marge de «Lune d'en face»
Cuaderno San Martín
En marge de «Cuaderno San Martín»
Evaristo Carriego
En marge de «Evaristo Carriego»
Discussion
En marge de «Discussion»
Histoire Universelle de l'Infamie
En marge de «Histoire Universelle de l'Infamie»
Histoire de l'éternité
Fictions
L'Aleph
Autres Inquisitions
En marge de «Autres Inquisitions»
Articles non recueillis
Autour de l'Ultraïsme
Chroniques publiées dans la revue *Proa*
Chroniques publiées dans *La Prensa*
Chroniques publiées dans *Sur*
Films
Chroniques publiées dans la revue *El Hogar*
Textes divers
Notices, notes et variantes par Jean Pierre Bernès

Tome II

Introduction
Chronologie
Remerciements
L'Auteur
L'Autre, le Même
Pour les six cordes
En marge de *Pour les six cordes*
Eloge de l'Ombre
Le rapport de Brodie
L'Or des tigres
Préfaces avec une préface aux préfaces
Le livre de sable
La rose profonde
La Monnaie de fer
Histoire de la nuit
Sept Nuits
Le Chiffre
En marge du *Chiffre*
Neufs essais sur Dante
Atlas
Les conjurés
En marge des *Conjurés*
La Mémoire de Shakespeare
Conférences, discours et hommages
Correspondance (1919-1926)

tentativa de extrañamiento de los estereotipos borgeanos, para sustraerlo a la empresa de totalización que se realiza actualmente en nombre de Borges.

No quiero parecer ingrato: pocas veces mi discreta profesión de crítico literario, mi precaria colocación dentro del campo cultural, me depararán un placer tan intenso como este de participar en la presentación de un libro que considero ejemplar dentro de la crítica argentina, uno de esos pocos libros en los que el saber no niega ni debilita las pasiones de la lectura, sino que les da un espacio para que se manifiesten, renovadas, en las tensiones de la argumentación. Pero es precisamente el modo en que las búsquedas críticas de Molloy me interpelan, son las exigencias que esas búsquedas le plantean a mis propias tentativas de transmitir un saber de la literatura fundado en la inminencia de su encuentro, lo que me hace temer que al presentar este libro en unas circunstancias que seguramente facilitarán su circulación inadvertidamente lo esté separando de su poder de conmover certezas y de señalar lo desconocido.

El recuerdo, siempre oportuno, de una diferencia que Maurice Blanchot propone en varios ensayos (y que Molloy recupera en uno de los epígrafes de su libro²), me lleva a releer la última frase del párrafo anterior y a reconocer, disimulada por la aparente continuidad del discurso, una confusión de registros que al despejarse podría permitirme ceñir con cierta precisión los alcances de la discordia que me intranquiliza y esbozar una "resolución" posible a través de un desvío. Presentamos un libro, oportunamente, suponemos que la coyuntura puede beneficiarlo con un suplemento de visibilidad, pero tememos que esa visibilidad excesiva, que no brota de su escritura sino del acuerdo con valores culturales, neutralice una obra. Nuestro temor, aunque fundado, tal vez resulte innecesario, porque *el libro no es la obra*, y si bien podemos recelar del destino de *Las letras de Borges* al incorporarse a la Cultura como uno más de sus bienes de temporada, nada tenemos que temer por la obra crítica de Molloy, que, como cualquier obra, cuida de sí misma, menos por previsión que por el ejercicio de una indiferencia soberana, expulsando todo lo que no participa de su afirmación. Más allá de lo que dicen y entredicen sus páginas, la presentación de *Las letras de Borges*, hoy y aquí, contribuirá al fortalecimiento de las supersticiones borgeanas: por inevitable, este destino no es ni bueno ni malo. Entre tanto, en otro tiempo, en un presente imposible a destiempo de la actualidad, y en otro lugar, desde una superficie de palabras convertidas en imágenes, la obra crítica de Molloy continuará atrayendo secretamente a sus lectores para comunicarles la necesidad de una búsqueda que acaban de recomenzar: la búsqueda irrealizable de un texto borgeano liberado de las supersticiones del borgismo.

La diferencia a la que acabo de referirme, y la discordia que esa diferencia ayuda a despejar, pueden parecer innecesarias y excesivamente técnicas, una suerte de manierismo profesional. Esto, tal vez, para un lector que

² Cf. pág. 49.

no escribió sus lecturas de Borges dialogando con el libro de Molloy, que sólo tuvo con ese libro un contacto bibliográfico. Pero para quienes encontramos en *Las letras de Borges* no sólo una de las más inteligentes e innovadoras lecturas de este autor, sino también una interrogación sobre las condiciones de posibilidad y de imposibilidad del ejercicio crítico que inquieta nuestra propia práctica, la diferencia se impone. Presento el libro y me desentiendo de él, lo abandono, con mis mejores augurios, a los juegos de poder que dominan nuestra empobrecida Cultura nacional. De la obra no puedo desprenderme tan fácilmente, y esto desde hace quince años, porque continua interpellándome en lo esencial de mi modo de leer a Borges y de argumentar, por escrito, esa lectura. De esto quiero hablar (de esto hablo desde el comienzo), de lo que la existencia de la obra crítica de Molloy pone en juego para quien experimentó los placeres y las incomodidades de sus búsquedas. Pero como de una obra no es posible hablar directamente, como no puedo referirme a la obra de Molloy más que señalando los lugares de su libro en los que tomé cuerpo esa interrogación que me interpela, ensayo un desvío.

¿Qué es leer? En la Introducción a *Las letras de Borges* encontramos una respuesta precisa: "permitirse el tiempo de reconocer lo extraño y de reconocerlo dentro de sí" (13). Permitirse un tiempo de vacilación y asombro, de desconcierto e invención, en el que el texto se desprende de los signos que lo hacían reconocible, se transforma en un misterio instantáneo y en el que el lector, conmovido por la aparición de un vacío que corroe sus certidumbres, se abandona activamente a la experiencia de lo desconocido. Esta definición, que nos aleja decididamente de cualquier teoría de la lectura fundada en los imaginarios del reconocimiento y la cooperación, nos aproxima otra vez a un autor al que Molloy refiere con insistencia, y no sólo cuando lo cita: leer —escribe Blanchot— "exige más ignorancia que saber, exige un saber que inviste una inmensa ignorancia y un don que no está dado por anticipado, que cada vez hay que recibir, adquirir y perder en el olvido de sí mismo."³ ¿Qué tuvo que olvidar Molloy, o mejor, qué tuvo que estar dispuesta a olvidar cada vez que lo desconocido del texto borgeano salió a su encuentro como para que su discurso no borrara la inquietud y el placer que ese encuentro le provocaba? Tuvo que olvidarse de sus competencias de lectora profesional: olvidarse *cada vez* de lo que ya sabía sobre literatura, y sobre la literatura de Borges en particular. *Cada vez*: el olvido, que no depende de una decisión metodológica sino, más bien, de la disponibilidad para dejarse afectar por lo extraño, no está dado ni es continuo, ocurre (reconocemos que ocurrió) cuando la lectura señala algo que escapa a sus previsiones, cuando circunscribe un vacío móvil, inquieto e inquietante, un "vaivén" (15). De este olvido da testimonio, no el abandono de los recursos teóricos y técnicos de los que dispone Molloy en tanto especialista, sino, por el contrario, el uso intensivo al que somete los conceptos y las metodologías, un uso que los

³Maurice Blanchot: *El espacio literario*, Barcelona, Editorial Paidós, 2a. ed., 1992; p. 180.

lleva hasta el límite de sus posibilidades confrontándolos con la presencia de un *resto* que escapa a la voluntad de inmovilización. Como el Barthes de *S/Z*, Molloy usa las categorías del análisis del relato e identifica los procedimientos compositivos de cada texto, no para cerrarlo sobre sí, sino para poder experimentar sus inconsistencias estructurales, sus puntos de desplazamiento y descomposición. El trabajo de estructuración está orientado por lo que lo excede: el reconocimiento de *detalles* móviles que desequilibran la coherencia textual. Molloy es una lectora apasionada del detalle, del detalle que se perfila suplementariamente sobre la superficie del texto manifestando la falta, o mejor, la sustracción del fundamento inamovible. Ya se trate de una sorpresa sintáctica, de un argumento desconcertante o de la "potencia contenida" (112) del gesto de un personaje, los detalles que Molloy va señalando sobre las superficies textuales como restos del trabajo de estructuración participan de una economía significativa del gasto sin reserva: están de más, no significan nada cierto. Por eso mismo, a fuerza de intransitividad, le dan a la estructura textual un golpe de encantamiento literario que la pone en contacto, inmediatamente, con la indeterminación que determina el funcionamiento de sus términos. En el detalle que fascina y deja en suspenso, un "suspenso perturbador" (25), la voluntad de comprensión, o que inquieta la reflexión y la precipita en el vértigo de las conjeturas, Molloy reconoce el ejercicio de un procedimiento esencial en la literatura de Borges: la *interpolación*, que consiste en "abrir una brecha en una serie previsible" (148). Si la serie es, como afirma Molloy (se trata de una de las afirmaciones más interesantes de su libro, una afirmación que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas en otras lecturas), "la estructura profunda de la prosa borgeana, ficción o ensayo" (54), la interpolación es entonces el procedimiento de desestructuración básico porque, al desorientar el encadenamiento serial privándolo de causa y fin, descompone cualquier simulacro de fijeza (la linealidad de la trama, la identidad del personaje o el valor de verdad de un argumento).

La ocurrencia del detalle suplementario que vale por toda la literatura de Borges supone no sólo el olvido de sí del lector, sino también el olvido del propio Borges, de las imágenes familiares que el hábito de la lectura, el estudio y la veneración fueron imponiendo insensiblemente como representaciones auténticas de su literatura. Molloy se olvida de Borges, se desprende de los lugares comunes que inmovilizan y domestican la lectura de su obra, menos por un gesto de distanciamiento que por la distancia que instituye la proximidad que va tramando su comentario. Molloy se *pega* al texto borgeano, no deja que los estereotipos se interpongan entre su cuerpo de lectora y el cuerpo textual, que orienten el diálogo por la vía muerta del reconocimiento, y en ese cuerpo a cuerpo sin distancias, abre una distancia imperceptible entre el texto y él mismo. Molloy descentra la obra de Borges sutil e insistentemente, la pone en obra, cada vez que descompone la evidencia de una duplicidad estilística o temática, desplazándola de la identi-

ficación de su principio constructivo con la oposición binaria y la complementariedad de los opuestos. El desplazamiento que opera la irrupción de lo extraño en lo evidente no se clausura con la identificación de otro centro, sino que se sostiene en la suspensión del sentido del detalle excedentario. Molloy lee en cada duplicidad, no la cifra definitiva del arte borgeano, sino la ocasión puntual de la manifestación de un desdoblamiento. La placentera dialéctica de lo mismo y lo otro, con sus oposiciones y sus identificaciones siempre reconocibles, no rige más que la estructura superficial de los textos de Borges. En su revés, la afirmación inquietante de la diferencia en la mismidad atrae cada "duplicidad satisfactoria" (74) hacia el vacío sin término y sin profundidad que la reciprocidad entre los opuestos disimula. En esta descomposición de los juegos binarios provocada por la irrupción de un "rasgo diferencial" inidentificable, que ni es lo mismo ni lo otro y que inquieta cada término, se asienta, según Molloy, la "postulación de la realidad" del texto borgeano. Cada vez que aparece lo que tuvo que desaparecer para que una duplicación inmovilizase el flujo del sentido, se revela el carácter, no ilusorio, sino *irreal* del mundo: que la identidad (de un personaje o una historia, de un autor o del propio lector) es "*plural, momentánea y dispersa*" (30).

La estrategia crítica de *Las letras de Borges* nos recuerda la consigna deleuzeana de "tomar la obra en su totalidad, seguirla más que juzgarla, recorrer sus bifurcaciones, sus estancamientos, sus ascensos, sus brechas, aceptarla, recibirla entera."⁴ Molloy se resiste a que las distinciones de épocas y de géneros actúen sobre su lectura como principios clasificatorios que limitan los recorridos. No desconoce, desde luego, las diferencias evidentes entre un ensayo o un relato, o entre el Borges del '20 y el del '30, pero no deja que esas evidencias determinen el sentido de una experiencia que las excede. La experiencia literaria de Borges es la de una tensión en el lenguaje provocada por la simultaneidad del descreimiento y la confianza en el poder de las palabras (187), del temor y el deseo de descomponerlas (144). A esta experiencia sólo se puede acceder desde la evidencia de un género o de un período apreciando el modo en que esa experiencia determina sus convenciones específicas.

Molloy desenvuelve *toda* la obra de Borges, pero no en el sentido de un desarrollo, de sus sucesivas realizaciones, sino atendiendo a la insistencia de una *insatisfacción*⁵ irremediable. Esa insistencia de una tensión que no quiere ni tiene cómo apaciguarse atraviesa los géneros y las décadas y le da a la obra su unidad paradójica, unidad que es fuente de dispersión y fragmentación. Si, desviándose del lugar común, Molloy sostiene que "Pierre Menard" no inaugura la ficción borgeana sino que la afirma (51), es porque piensa la afirmación como repetición y amplificación de un diferir, como el

⁴ Gilles Deleuze: *Conversaciones*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 1995; 139.

⁵ La *insatisfacción*, afirma Molloy, es "la materia misma de la obra borgeana" (156).

retorno de un ejercicio de desdoblamiento disimulado en las estructuraciones bimembres. Las tensiones entre lo serio y lo paródico que impiden *detalladamente* que la reflexión sobre la literatura que realiza este relato se cierre sobre sí misma y nos entregue una valoración unívoca, repiten las tensiones de los juegos de enmascaramiento de *Historia universal de la infamia*, juegos en los que la máscara disimula y revela la ausencia de rostro verdadero, y la tensión que recorre la biografía de Carriego entre el deseo de “fijar un personaje rotundo” (31) y, simultáneamente, de borrarlo. Hacia adelante —la serie es reversible porque cada término anticipa y al mismo tiempo recuerda los otros— la tensión se repite en la interpolación solapada de un “tercer elemento” (75) en los relatos, que desequilibra el paralelismo de los personajes dobles y pulveriza las identidades recíprocas, y en el uso paródico de la erudición, que atrae al lector “por su lejanía aguijoneante” (160), des-pertando en él un deseo de identificar las fuentes verdaderas o apócrifas que no tendrá cómo satisfacer.

Molloy reconoce en Borges uno de sus maestros literarios, un maestro “de desasosiego, de marginalidad, de oblicuidades, de *traslados*”⁶. El mejor testimonio de la transmisión de ese legado ético (que podría sintetizarse en una consigna: *no aceptar como valioso estéticamente más que lo que aumenta la potencia de escribir-pensar-gozar*) lo da la irreverencia con la que trata en su libro al propio Borges cada vez que, por fidelidad a la extrañeza de su obra, lo pone en contradicción consigo mismo o lo desdice, suspende su autoridad. Hubiese querido yo también, por fidelidad a la obra crítica de Molloy, terminar esta presentación señalando los lugares de su libro en los que el comentario se enrarece y exige un desvío, pero la admiración obstruye todavía el tiempo de la irreverencia. Si intento pensar cuáles son esos lugares de consumación y exceso, lo único que consigo es recordar algunos momentos dichosos de *Las letras de Borges*, o de su *Posdata*: Molloy descubriendo que Borges inventó en su paráfrasis de “Wakefield” una sonrisa y que gracias a ese discreto —nunca antes advertido— exceso de imaginación arruinó la teoría del relato que acababa de fundar; Molloy dejándose encantar por la presencia de una mirada irrecuperable para los esquemas binarios en “Historia del guerrero y la cautiva”, una mirada que anuncia la revelación inminente de una historia que sin embargo no se narra; Molloy acechando la presencia de Baudelaire en *Fervor de Buenos Aires* para inventarle a Borges un precursor inesperado, que difícilmente hubiese querido reconocer; Molloy atestiguando la visita del desasosiego en las páginas de un *Atlas* escrito para conmemorar la felicidad. Sobre estos pocos recuerdos de lecturas de detalle, figuraciones de lo novelesco de la crítica, se podría fundar una teoría literaria de la lectura, una teoría enamorada de su imposibilidad, que cortejase su disolución y se encarnizase con su propia virtud.

⁶ Sylvia Molloy: “Cómo leer a Borges, hoy”, en *Clarín Cultura y Nación*, 9 de mayo de 1999; pág. 8.

ENSAYOS Y NOTAS

BOLETIN / 7

DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE TEORIA Y CRITICA LITERARIA

Octubre de 1999



**FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**